



Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

Una joven fotógrafa se pone en contacto con una escritora veinte años mayor para retratarla mientras trabaja en su próxima novela. Ha llegado a ella movida por una fotografía en la portada de su libro anterior: el retrato de la mujer en la última luz del día. Tras intercambiar varios correos, la escritora la invita a pasar unos días en su casa, una pequeña masía en un pueblo de la costa catalana. Es el final del verano y allí, le dice su anfitriona, seguramente podrá tomar las fotografías que necesita para su proyecto, un conjunto de retratos de autoras y artistas inmersas en el proceso creativo.

A bordo del tren que las conduce hacia Altafulla, la cercanía que transmitían los correos de la escritora se convierte de pronto en silencio, una distancia entre los cuerpos que a la fotógrafa se le antoja fría e insalvable. Nada es como esperaba, y una vez llegadas, su anfitriona, cortés y reservada, no se deja retratar. Comparten techo, algún paseo o momento de cotidianidad, pero la convivencia resulta extraña en ese entorno de belleza donde cada detalle parece dispuesto para el placer y, sin embargo, la intimidad está vedada. Ante el rechazo, la fotógrafa toma instantáneas en su mente y esas imágenes alimentan sus fantasías y un deseo que

crece, trastoca la existencia, y no saciado, se vuelve tensión, ansiedad y miedo al fracaso, a no ser elegida. Una perturbadora sensación de inseguridad se termina de adueñar de ella con la aparición de Greta, una amiga de la escritora. La naturaleza de la relación entre las dos mujeres es ambigua y entre ellas se intuye una conexión íntima que desata los celos de la fotógrafa cuando, durante una escapada de a tres organizada por su anfitriona, se ve arrojada a un desconcertante triángulo en permanente reconfiguración. Cuando regresan a la masía, la escritora anuncia que se marcha unos días fuera por trabajo, dejando a sus dos huéspedes a cargo de la casa y su perra.

La ausencia de la escritora es un nuevo movimiento en un juego donde las cartas no están echadas y cuyas reglas la joven fotógrafa aún no acaba de descifrar. Mientras ella misura el espacio que las separa y busca la reciprocidad en un gesto o en su imaginación, la escritora toma más distancia y por fin escribe. Después de un duelo, de los fracasos pasados, de salir del amor dos veces, ahora ya puede volver a casa y posar: está preparada para la ternura, para un deseo que se trama en la espera y el misterio, y no quiere tomar nada con urgencia.

CLAVES DE LA NOVELA

En 2022, la poeta Sara Torres se consagraba como una de las revelaciones de la literatura española con *Lo que hay*, una primera novela celebrada por todo lo alto por la crítica y los librereros. Cuatro poemarios precedían a un debut narrativo que navegaba el duelo y el amor, retomando desde una perspectiva de memoria personal los hilos que Torres había comenzado a desplegar en sus versos. Hilos que ahora nos conducen a *La seducción*, su segunda novela, y que hablan de las porosas fronteras de una obra que, de la poesía a la narrativa, pasando por la teoría y el pensamiento crítico, conforma un conjunto orgánico, de híbrida y firme consistencia, que se vertebra a partir del cuerpo, el deseo, la pérdida, la genealogía lesbiana y una mirada poética que ancla en el fragmento, en una imagen, en la intensidad de un instante que se sabe efímero.

El encuentro entre dos mujeres, con veinte años de diferencia y un bagaje de vivencias que se vuelve una barrera para acceder a la otra, es el motor de una novela que se sumerge en el tiempo de la seducción, o como dice el personaje de la escritora, «un camino, que no todo el mundo recorre, desde la diferencia radical hacia una familiaridad deseada». Con una escritura que en pocas palabras, el trazo justo y preciso de poeta, consigue narrar los claroscuros de la experiencia amorosa, Sara Torres pone la atención en el proceso, en ese camino hecho de tubos, asimetrías y una incertidumbre que puede abrirse como una caja de Pandora de la que salen la ansiedad, el miedo y los celos, pero también, como un espacio de fantasía e imaginación, es decir, de libertad creativa que se alimenta de palabras e imágenes. Una fotografía en la portada de un libro es el estímulo necesario para

que la protagonista sienta cómo el deseo nace en ella, y esa fuerza que trastoca, que la desborda, es la que captura una novela que, en su cadencia y construcción, sostiene la tensión y ambigüedad de un impulso que no se sabe correspondido. Entre las instantáneas que registra mentalmente, y sus anhelos, inseguridades y fantasías sexuales, la narradora compone un relato que es pura subjetividad y en el que, a medida que la novela avanza, se entrevera la voz de la escritora: un contrapunto que va dejando al descubierto los límites que las distancian y, al mismo tiempo, la intimidad que van construyendo aunque cada una llegue a esta historia no solo desde momentos vitales diferentes, sino también desde modos dispares de entender la seducción. Si la fotógrafa encarna la juventud e impaciencia, la escritora, en cambio, representa una madurez que busca la lentitud y el enigma, y en el contraste entre estos dos personajes *La seducción* desliza una pregunta acerca de las derivas del deseo en una sociedad de ciclos cada vez más acelerados. Sara Torres transita, a su vez, la complejidad de

unos afectos atravesados por la vulnerabilidad, el fracaso, la pérdida, y la sombra de relaciones madre-hija donde la figura materna es un espejo inevitable que devuelve, sin embargo, un reflejo que lastima. Pero a esta oscuridad emocional le corresponde un reverso luminoso que, en la escritura de Torres, cobra la forma del goce sensorial, el placer sexual, la constante búsqueda de belleza y dulzura, los cuidados, las redes afectivas entre amigas y el simple gesto de sostener una mano para recorrer el daño.

«Si pudiera contarle una historia, con la voz de la mañana, acercándola a su oído, amaneciendo juntas: le contaría esta», se dice la fotógrafa mientras imagina pequeños relatos para, quizás así, poder invocar el deseo recíproco ofreciéndole a la otra aquello que las mujeres no tienen: los mitos propios para poder contar su amor. Y es ese vacío, precisamente, el que *La seducción* viene a llenar a través de las imágenes que la mirada encuadra, las fantasías que la imaginación crea y las palabras que recorren un tiempo que es espera y proyección, temor y deseo.

LOS PERSONAJES

LA FOTÓGRAFA

La narradora de esta historia es una fotógrafa de 32 años que, en una librería de Barcelona, se queda prendada del retrato de una mujer en la portada de una novela. Durante varios días se dedica a contemplar la imagen antes de decidirse a leer el libro que la conduce a la escritora, a quien lleva deseando desde que se encontró con esa fotografía. Quisiera mirarla a través de una cámara y capturar belleza e intimidad, pero un «no» de la escritora basta para desatar toda la inseguridad y el miedo al rechazo que anida en ella: sentimientos oscuros que no consigue controlar y tienen algunas de sus raíces en la relación nada sencilla con su madre, una mujer hermosa que murió un año atrás.

«No nos conocemos. En mi primer correo pude haber sido más sincera. Pude haber afirmado algunas cosas: que tras leer su libro yo había entendido la parte que reprimía en la historia, la que no dejaba ser. Pude haberle dicho que sabía que el personaje masculino no era un hombre sino una joven de manos fuertes. Pude haberle prometido cosas. Un respiro de sí misma. Un cuerpo follado tanto tiempo, con tanta calma e interés que termina por olvidarse de ese mundo que le exige. Pero por temor a sonar arrogante callé primero. Como calla ahora ella.

Fui muy feliz planeando este momento. En mis ensoñaciones nunca imaginé la preocupación, el miedo al rechazo. ¿Qué se supone que he de hacer hoy, si la incomodidad persiste? Ser paciente. Fingir. Esconder la desilusión para evitar el conflicto y que tal vez más tarde, con las maletas abiertas y la ropa dispuesta en el armario, deje de ser invisible para ella».

LA ESCRITORA

Dicen que ella es la autora contemporánea que mejor ha representado la realidad de la pasión, y a la fotógrafa no le cabe duda de que es así. Pero la mujer de cincuenta años que tiene delante parece preferir sentarse en un sofá abrazada a su perra antes que tener sexo con ella, construyendo entre los cuerpos una distancia que se vuelve, para la fotógrafa, un abismo de incertidumbre y ansiedad. Anfitriona cortés y diligente, hace de su casa un refugio de belleza que le gusta compartir con sus amigas, a las que recibe y cuida, pero le niega a su invitada cualquier gesto de intimidad, desde dejarse fotografiar hasta tomar una copa de vino juntas al anochecer. El fin de un amor y la pérdida de su madre, con quien tuvo un vínculo doloroso, son heridas que esta mujer debe transitar para volcarse a la seducción, al deseo y ser algo más que una inalcanzable fantasía para la niña fotógrafa, como llama a su joven huésped en el cuaderno de notas que está escribiendo.

«Para llegar a la intimidad hace falta deseo, pero sobre todo hace falta tiempo, convivencia, exposición a la presencia de la otra. ¿He de decirle que esto es lo que buscaba al invitarla a pasar el final del verano conmigo? Pero una seducción confesa, ¿no dejaría de serlo? Interrumpiría el misterio del deseo de la otra. Sería como estar forzándola a participar en mi relato de lo que nos está ocurriendo, cuando tal vez el suyo sea tan distinto... ¿Qué quiere ella de mí? ¿Unas cuantas imágenes? Luego el riesgo de verla marchar como una extraña con una carpeta de fotografías bajo el brazo. Verla abandonar esta casa, mi privacidad saqueada y ya la prisa, propia de su edad, por vivir algo nuevo. En la seducción una se protege porque aún no conoce la voluntad de la otra. ¿Cómo va a conocerla si no ha tenido siquiera tiempo de comprender la propia? Todo vira tan rápido al principio, es tan poco fiable... Estoy triste de un amor antiguo que no medró, no puedo exponerme a que ella hoy venga con su centelleo y mañana no pueda sostener siquiera la mirada porque ya no siente.

A veces la veo seria, escurridiza, negándome la palabra cuando coincidimos brevemente en el pasillo, y parece que no se ha dado cuenta de nada. O al menos no se ha dado cuenta de que es cuestión de tiempo. Se necesita tiempo para que la seducción avance y el deseo lime las esquinas de la diferencia. Nos prepare para caer juntas, una sobre la otra, como dos cantos rodados».

GRETA

Greta es una guionista con cuerpo de eterna adolescente, siempre jovial y abierta, que parece moverse por la vida sin que nada le cueste demasiado esfuerzo. En la casa de Altafulla tiene una habitación reservada para ella: la misma que ocupa la fotógrafa durante su estancia. Pero a diferencia de la recién llegada, esta mujer

tiene con la escritora una intimidad ambigua, difícil de descifrar, que excluye a la narradora y la convierte en la tercera pieza de un triángulo que acarrea celos, miedo, y cuando menos se lo espera, también placer y dulzura.

«Se ha sentado sobre mis piernas en el sofá y ríe, ríe tanto que le saltan las lágrimas. Trataba de abrir una botella de vino con un cuchillo y el corcho resbaló hacia las profundidades salpicándolo todo; su pelo, su cara, mi camisa y la pared. Antes de llegar tan cerca frotaba la pintura blanca marcada de vino con la manga de su propia camisa y yo me hacía la escandalizada por tanto desvarío y comportamiento errático, una desmaña tan deliciosa.

Nos parecemos en nuestras formas de buscar la calma. La urgencia por beber tan pronto como nos quedamos solas en casa. El ordenador con un programa de citas de la televisión. Humus directamente del bote. Una bolsa de palomitas.

Es suave sobre mí, es fácil, empezó con prisa, pero ahora lentamente se deja besar.

Recuerdo lo que era: estar dispuesta a sacrificar cualquier cosa a cambio de esa sensación. Voy a entrar en la boca, estoy entrando en la boca.

Un recuerdo de embriaguez. Ya lo he vivido antes, pero parece la primera: besar.

No me falta nada, es la dulzura.

Me digo que este, y no la ira o los celos, es mi lugar natural».

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. Entre los epígrafes de la novela, Sara Torres incluye unos versos de la poeta Anne Carson: «Los niños pequeños empiezan a ver al notar los / límites de las cosas. / ¿Cómo saben que un límite es un límite? / Al desear apasionadamente que no lo sea». Para la fotógrafa, ¿cuál es la vivencia del límite? ¿Cómo se representa el límite a lo largo de la novela?
2. La portada de una novela de la escritora, un retrato de ella, es el estímulo visual que desata el deseo en la fotógrafa. Para la narradora, la novela es un texto adherido a una imagen y demora varios días en comenzar a leerla. Pensando en esta situación, y en las imágenes que retiene mentalmente la fotógrafa, ¿cómo es la relación entre las imágenes y el deseo en la novela?
3. ¿Y cuál es la relación que hay entre el deseo y las palabras? ¿Diríais que es similar a la que hay con las imágenes? ¿Por qué pensáis que el protagonismo lo tienen una fotógrafa y una escritora? ¿Qué roles encarnan estas mujeres?
4. Después de haber recibido varios correos en los que la escritora se mostraba cercana, la fotógrafa se encuentra cara a cara con una mujer que impone una distancia. ¿Cómo es esa distancia? ¿Qué emociones entran en juego allí?
5. Hablamos de la representación de la distancia y el límite en la novela, pero ¿cómo se representa el deseo? ¿Qué definiciones de deseo se sugieren a lo largo de la novela?
6. Entre la fotógrafa y la escritora hay veinte años de diferencia. Una encarna la juventud y la otra, la madurez y la experiencia de las relaciones amorosas de larga duración y final amargo. ¿Pensáis que la diferencia de edad entre las protagonistas desempeña un papel importante en la novela? ¿Diríais que, según la generación a la que pertenecen, cada una tiene un modo diferente de entender y vivir el deseo y el amor?

7. La novela transcurre durante las semanas que la fotógrafa pasa en casa de la escritora. Es un tiempo de espera, de encuentros y desencuentros, y el futuro se muestra incierto, borroso. ¿Qué pasa con el pasado? ¿Qué importancia le asigna la autora al pasado y la memoria en la construcción de relaciones y afectos?
8. La seducción y el deseo están en el centro de una novela en la que, de manera más tangencial, también se habla de la pérdida y el duelo. ¿Cómo se introduce este tema en la novela? ¿La pérdida y el duelo son vivencias que, para las protagonistas, se separan del deseo o están entrelazadas?
9. Las dos protagonistas han perdido a sus madres, mujeres con las que mantuvieron vínculos complejos. ¿Qué lugar ocupa la figura materna en el caso de cada una de ellas? ¿Cómo se ven a sí mismas a través de la mirada materna?
10. La fotógrafa recuerda a su madre como una mujer hermosa, pendiente tanto de su aspecto como del de su hija. ¿Cómo convive la hija, siendo ya una adulta, con los estándares de belleza que la madre ha impuesto desde que era pequeña? ¿Cuál es la vivencia que tiene de su cuerpo?
11. Presa de la ansiedad, el miedo o los celos, la fotógrafa come muchas veces con una voracidad incontrolable. La comida, por otra parte, está muy presente a lo largo de la novela. ¿Cuál es su lugar en la novela? ¿Está asociada al placer? ¿A la frustración?
12. Para la fotógrafa, la aparición de Greta es un factor desestabilizante que la arroja a un triángulo en constante movimiento. ¿Qué rol desempeña este personaje en la novela? ¿Por qué creéis que es el único personaje que tiene nombre?
13. Observando el juego de seducción y la relación entre la fotógrafa y la escritora, ¿diríais que entre ellas hay jerarquías? ¿Los pulsos de poder forman parte de su vínculo?

14. En un pasaje de la novela, la escritora define la seducción como un camino que conduce de la diferencia radical a la familiaridad deseada. ¿Pensáis que las protagonistas consiguen recorrer todo ese camino? ¿Logran construir una intimidad compartida?
15. Según la novela, ¿qué se entiende por intimidad? ¿A partir de qué elementos y emociones se construye este ámbito?
16. Para la escritora, a las mujeres les faltan palabras para contar su amor porque no han heredado mitos propios que ayuden a construir los relatos de esta experiencia. ¿Estáis de acuerdo con ella? En vuestra opinión, ¿cuál es el valor de la literatura a la hora de tratar motivos como el deseo, el erotismo o el amor? ¿La literatura puede ser un espacio para formar el deseo?

LA AUTORA



© Marta Velasco

SARA TORRES (Gijón, 1991). Con la novela *Lo que hay* (2022) recibió el premio revelación de los librerías 2022. Su trabajo teórico-creativo se centra en el análisis de deseo, cuerpo y discurso a través de un aparato crítico feminista e interdisciplinar que entrelaza el psicoanálisis, los nuevos materialismos y los estudios queer. Doctora por la Universidad Queen Mary de Londres. Su tesis lleva por título: *The*

Lesbian Text: Fetish, Fantasy and Queer Becomings (*El texto lesbiano: Fantasía, fetiche y devenires queer*). Su primer libro, *La otra genealogía* (Madrid: Torremozas) ganó el Premio Nacional de Poesía Gloria Fuertes. Ha publicado también los libros de poesía *Conjueros y Cantos*, *Phantasmagoria*, *El ritual del baño*, y el más reciente *Deseo de perro*. Tiene un espacio en el Diario.es donde escribe regularmente.

DECLARACIONES DE LA AUTORA

«Me importa más la vida que la literatura, aunque mi forma de vivir esté muy atravesada por el lenguaje, por las historias y por el deseo de composición de historias bellas a partir de la vida. Cuando estoy viviendo, creo que, de algún modo, inevitablemente, estoy escribiendo libros. Para las que tenemos esa tendencia es muy difícil evitarla. Para mí, vida y literatura no dejan de ser dos actos de composición, pero creo que hay más “verdad” en la reflexión sobre la vida que en un ejercicio literario que se pueda mover más por deseos estéticos. Y es más fácil ser una impostora cuando intentas escribir solo desde lo literario. Con “impostora” me refiero a una impostura, a imitar una postura, a hacer un ejercicio de representación con una voluntad ajena a la vida misma. Y creo que mis ejercicios de representación no tienen una voluntad al margen de la vida. Mi voluntad es aprender a sobrevivir lo más alegremente posible, y utilizo la escritura para ello. Y si puedo conectar con otras, la escritura también es un acto de amor que busca a alguien para que nos acompañe».

«Hemos recibido una educación capitalista en la aceleración del deseo y recibimos todo el rato señales de que las cosas caducan y de que hay que cambiarlas cada poco, de que hay que desear comprar lo más nuevo. Hay aplicaciones móviles que nos dicen que puedes conseguir un objeto de deseo nuevo que te va a estimular en el momento en el que tú quieras. Podemos llegar a tener una conciencia de amantes-consumidoras, con ciclos del deseo cada vez más acelerados. Me cuesta creer que eso vaya a ser compatible con la ideología monógama. Tampoco creo que la naturaleza del amor sea monógama. Creo que el amor es absolutamente polifónico en su capacidad de conexión, y no me refiero solo al amor en el que hay sexualidad, sino al amor como vínculo del tipo que sea. Para mí no hay tanta diferencia entre la fuente que produce el amor que tenemos con un perro, con un familiar o con una pareja».

(Entrevistada por Carmen Cocina. *Revista Lengua*)

«Lo que yo intento hacer es visibilizar lo que es la subcultura lesbiana, que es una subcultura porque no ha podido participar de la vida pública oficial en muchísimos sentidos, intentar hacer eso visible sin que se lo trague el sistema. Porque, si ha estado al margen existiendo, lo que nos debe interesar como sociedad es aprender de las cosas bellas que

puede ofrecer a todo el mundo, no intentar incluirlo en una norma y que desaparezca la parte de diferencia. Lo fundamental al representar la subcultura es representar la amistad como modo de vida. Cuando no existe, porque no es posible, ni el matrimonio, ni la familia normativa, ni un montón de privilegios, acceso al capital, etcétera, las comunidades se han sostenido con la amistad como modo de vida. Celebrar eso como centro, porque la amistad es lo que hay antes y después, también, de determinadas pasiones». (Junio, 2022. Entrevistada por Inés Martín Rodrigo. *Abri!*)

«Creo que utilizar el espacio de lo erótico y de lo sexual para reflexionar y para pensar las dinámicas, la vida, las lógicas eróticas que nos estructuran es fundamental, porque si dejamos lo sexual como algo que solo pertenece al ámbito de lo privado, corre el peligro de ser el espacio más bestial donde la ideología regula los modos de relación. Porque pensamos que al ser lo sexual un espacio privado va a ser libre, pero no, en realidad porque es privado y no se habla y se da por hecho y se piensa que todos hacemos lo mismo y que todo es igual, entonces protegemos que solo se represente lo de siempre y que todas pensemos que lo natural es la norma representada. Por eso, hay algo político fundamental dentro de mi proyecto personal, en utilizar el espacio de la sexualidad como un lugar de crítica y de resignificación también, para imaginar modos distintos de ser cuerpo y de ser cuerpo con otros cuerpos».

(Mayo, 2022. Entrevistada por Alicia Medina. *Vein*)

«Para mí es fundamental generar fantasías alternativas que revolucionen los deseos de las lectoras y revolucionen sus vidas. Yo aprendí a desear leyendo. De pequeña, el espacio de deseo y donde yo tenía acceso al erotismo era la lectura. Y todo eso nos marca terriblemente».

(Mayo, 2022. Entrevistada por Mónica Zas Marcos. *elDiario.es*)

SOBRE *LO QUE HAY* SE HA DICHO...

«Un puñetazo donde más duele. [...] Novela de poderoso estilo y marcado tono confesional, *Lo que hay* es mucho talento, delicadeza, cierta provocación, y una autora con un inmenso futuro. Un espléndido debut».

Elena Costa, *El Cultural*

«Leer a Sara Torres siempre es una experiencia cuyo eco, cargado de ramificaciones, reverbera durante un tiempo indefinido en la trastienda de nuestra psique».

Paloma Abad, *Vogue*

«Todo lo que toca, lo que escribe, lo que observa, se convierte en belleza. Su mirada está atravesada por la cadencia poética hasta impregnar con ese ritmo balsámico, reparador, cada uno de sus pasos [...] [*Lo que hay*] alcanza cotas de virtuosismo melódico».

Inés Martín Rodrigo, *Abril*

«Uno de los más bellos arranques que recuerdo en mucho tiempo. [...] Sobre el cuerpo, sobre la necesidad del tacto, sobre esa carne que nos da sexo y cáncer. [...] Nos ha atrapado y removido muchísimo».

Laura Barrachina, *El Ojo Crítico*

«Bestial, lírico y conmovedor. [...] Un libro personal y llamado a revolucionarlo todo, con un timbre de voz tan particular, tan intenso como breve, que no busca agradar a nadie».

Elle

«Una novela al estilo de *Las Olas*, de Virginia Woolf, de *El bosque de la noche*, de Djuna Barnes. Esto es, un texto narrativo forjado con el magma de la prosa poética. [...] Una valiosa novela».

José S. de Montfort, *The Objective*

